

una vez arraigado el cisma, no guarda ya ni regla ni moderacion. Despues de haberse separado del cuerpo de los fieles, se dividieron entre sí casi hasta lo infinito. Claudianistas, urbanistas, rogatistas, fueron otros tantos partidos considerables, tan odiosos al cuerpo de la secta como los católicos, sin contar las facciones oscuras, cuyos nombres perecieron; pero la division principal fué la de los maximianistas, que bajo la direccion del diácono Maximiano se levantaron contra su obispo Primiano, sucesor de Parmeniano, y segundo sucesor de Donato. Reuniéronse en Concilio en la provincia Bizacena en número de mas de cien obispos; condenaron á Primiano convencido de muchos crímenes, y en su lugar colocaron á Maximiano, como obispo de Cartago. No se tuvo Primiano por condenado; antes bien volviendo sus miras á las provincias que su rival habia descuidado prevenir, y principalmente á la Mauritania y la Numidia, formó en Begaya, en Numidia, un Concilio de trescientos y diez obispos; porque su partido fué siempre el mas numeroso. Condenóse en él á Maximiano, y sin esperanza de indulgencia; pero solamente con los doce obispos que le habian impuesto las manos. Por lo que mira á los demas, se les concedió un plazo de ocho meses para arrepentirse; pasado el cual no se les admitiria, y quedarian condenados sin recurso.

Agustin, para hacer frente á tantos adversarios, procuró unirse con todos los doctores de su tiempo que eran enemigos de novedades profanas. Alipio, su amigo antiguo, que habia abrazado con él el partido de la virtud, en un viage que hizo á Palestina conoció al ilustre sacerdote Gerónimo: hablóle de Agustin, y de este modo principió la union que hubo despues entre estos dos grandes hombres. Acababa Gerónimo de componer su catálogo de los autores eclesiásticos, para mostrar los mu-

chos santos y sábios defensores que contaba la Religion cristiana desde San Pedro. Llega hasta sus propias obras; de las cuales las últimas que menciona, son los libros contra Joviniano, con su apología dirigida á Pamaquio. Háblele advertido este amigo, que á fuerza de elogiar la virginidad habia dado lugar á creer que miraba el matrimonio como un mal, ó á lo menos como una cosa menos permitida que tolerada. El santo doctor explica en esta apología todos los lugares en que habia parecido menospreciar el matrimonio; y hace notar que no solo habia censurado á los marcionistas, maniqueos y á todos los hereges que le condenaban; sino que le habia reconocido formalmente por un estado puro y digno de honor, conforme á las divinas Escrituras, si bien le habia pospuesto á la continencia; y que tambien habia observado que si los obispos, los sacerdotes y los diáconos reputaban el comercio de las mugeres incompatible con el servicio del altar; el uso de Roma con los fieles casados era que cumblasen cada dia, y que recibiesen el cuerpo de Jesucristo en sus casas, cuando no se creyesen en estado de entrar en la iglesia.

Algun tiempo despues y por medio del mismo Alipio, que habia sido electo obispo de Tagaste su patria, contrajo Agustin amistad con San Paulino, que ascendió despues al obispado de Nola. San Alipio (pues tambien la Iglesia le reconoce por Santo) habia conocido en otro tiempo á Paulino en Milan; y cuando supo su separacion del mundo, le remitió algunas obras de su amigo Agustin, tan apreciadas por todos los verdaderos fieles. A su contestacion, dando las gracias, añadió Paulino una carta para el mismo San Agustin, en la que manifiesta el amor que profesaba á sus escritos, y se encomienda á sus oraciones. No fué menester mas para unir dos corazones tan pa-

recidos el uno al otro, y que no necesitaban mas que conocerse para unirse inseparablemente.

No obstante la grandeza de Paulino segun el mundo, miraba con indiferencia todas las cosas de la tierra; y su alma, mucho mas sublime que su dignidad y fortuna, transformó á uno de los mas poderosos patricios de Roma en un pobre de Jesucristo. Era su casa una de las primeras de aquella capital del mundo, aunque él habia nacido en Aquitania, en donde poseia bienes inmensos; porque los nobles romanos tenian tierras considerables en las provincias y vivian algunas veces en ellas. Su mérito personal era igual á su fortuna: el poeta Ausonio cultivó su talento y sus admirables disposiciones para las bellas letras; de modo que vino á ser con el tiempo uno de los escritores mas cultos de su siglo, tanto en prosa como en verso. Dice San Gerónimo que su panegirico de Teodosio estaba escrito de un modo juicioso, agradable y conforme á todas las reglas del arte (1). Llegó Paulino á los mayores cargos y hasta al consulado. Teresa ó Terasa su muger, dotada por su parte de todas las ventajas de la fortuna y de los dones exteriores de la naturaleza, acrecia la felicidad de su esposo por la sinceridad de su amor y por la escelencia de su carácter. Nada faltaba á su prosperidad temporal sino hijos que pudiesen heredarles: gracia que tambien el cielo quiso concederles, naciéndoles un hijo durante su permanencia en España. Mas el Señor solo permitió que lo viesen, y despues de ocho dias se le llevó para sí, mostrándoles de este modo en dónde debian fijar su corazon y todo su amor (a). Renunciaron el mundo, despues

de haberlo meditado seriamente, y se consagraron ambos enteramente á Dios. Lejos de mostrar debilidad la esposa de Paulino, animó á su marido, que desde entonces no la miró sino como á hermana suya, practicando juntamente con una emulacion santa todos los ejercicios de la vida religiosa. Un dia de Navidad asistia Paulino á los oficios sagrados en la iglesia de Barcelona, cuando el pueblo con un movimiento de veneracion y celo, le cojió de repente, y presentándole al obispo le rogó encarecidamente que le hiciese sacerdote. Opúsose Paulino cuanto pudo, deseando solamente sepultarse en la oscuridad de la vida solitaria. Tenia ya formado su plan de retiro, y hacia mucho tiempo que habia resuelto pasar lo restante de sus dias en Nola, ciudad de Italia, junto al sepulcro de San Felix, cuyos milagros eran célebres por todas partes, y Paulino tenia un conocimiento particular de ellos á causa de las tierras que poseia en las inmediaciones de Nola. No consintió, pues, en ordenarse sino con la condicion de que no se le adscribiera á la iglesia de Barcelona, sino solo al sacerdocio en general, y aun rehusó ser contado entre los sacerdotes de Milan, como le proponia San Ambrosio, que conoció su mérito cuando le vió en Italia. Es Paulino uno de los primeros sacerdotes ordenados sin obligarles á fijarse en alguna iglesia: parece asimismo que recibió la ordenacion sacerdotal sin haber pasado por las órdenes inferiores; y aun se atribuye á esta causa la poca acogida que le hicieron el Papa y

cubiertos poco antes por revelacion del cielo, y los espuso á la pública veneracion el santo prelado de Toledo, Asturio. Los milagros obrados por la mediacion de estos ilustres mártires fueron tantos que Asturio, atraído de ellos, renunció la silla de Toledo, y fijó su residencia en Alcalá, consagrando el resto de su vida en honor de aquellas santas reliquias. Levado de su devoción, pidió y obtuvo que se erigiese en catedral la iglesia de aquella ciudad; lo que se llevó á efecto despues de la muerte de Asturio. *S. N. deph. lib. de viris illust. n. 2. (N. del E.)*

(1) Hieron. *Epist.* 13, cap. 3.

(a) Este niño murió en Alcalá de Henares, adonde habian ido sus padres á visitar los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor. Habian sido estos des-

el clero romano cuando fué á Roma (a). Escusábale bastante la violencia de su ordenacion; pero Dios para purificar mas la virtud de sus Santos permite algunas veces que esta padezca en la opinion de las personas mas respetables á los ojos de los mismos Santos.

No consiguió sin embargo Paulino sofocar sus quejas, é inmediatamente se retiró á Nola, en donde construyó á quinientos pasos de la ciudad, en un sitio agradable, una habitacion pequeña para vivir los dos esposos cerca de la iglesia en que reposaban las reliquias del santo mártir Felix. Todo respiraba humildad y santa pobreza; pero la calma de las pasiones y el olvido del mundo, la alegría de la buena conciencia y la dulzura de la contemplacion les hicieron este género de vida infinitamente superior á su primer estado. Conservaban solo una pequeña heredad para las mas indispensables necesidades, porque no solo habian distribuido sus tesoros y todos sus muebles, sino que tambien habian vendido sus vastos dominios para poder contribuir á todas las obras de caridad, en especial á la redencion de cautivos. Considerábanse en su retiro como conserges de la iglesia, y tuvieron á honor el ocuparse en asearla y limpiarla. Consagró Paulino tambien su pluma á la gloria del santo mártir, y tomó la costumbre de escribir un poema cada año sobre esta materia; sin embargo, de

(a) Era entonces obispo de Barcelona Lampio, que unos dicen ser el mismo que suscribió al primer Concilio de Toledo con el nombre de Olimpio, y otros le suponen diverso, sin que pueda afirmarse nada con certeza por falta de monumentos. Los historiadores catalanes hacen grandes elogios de Lampio, y segun ellos escribió un libro acerca de la fé, contra los que culpan á la naturaleza y no al libre albedrío. Como quiera que esto sea, Lampio, que ordenó á San Paulino, habia sucedido al grande obispo San Paciano, el cual habia muerto poco antes dejando los mas nobles ejemplos de santidad, doctrina y vigilancia pastoral. Escribió San Paciano entre otros un libro contra los novacianos, que cita San Gerónimo en su catálogo de Escritores eclesiásticos, donde alaba la elocuencia y sabiduría del santo obispo de Barcelona. (N. del E.)

ellos no nos quedan ya mas que diez, á pesar de haber vivido treinta y cinco años en aquel sitio.

Igual edificacion causó al Oriente y al Occidente el retiro de Arsenio, quien del seno de los placeres y de las grandezas corrió á enterrarse en los desiertos de la Tebaida. Habia nacido en Roma, de donde el Soberano Pontífice le envió al gran Teodosio, que ansiaba tener consigo un hombre capaz de ayudarle á cumplir los deberes de padre respecto de los príncipes sus hijos. Arsenio, diácono sábio y ya muy virtuoso, logró hacerse tan amado, que á los títulos de preceptor y ayo, que los romanos temian separar, se añadió el de padrino de sus augustos discípulos. Colocóle tambien Teodosio en el órden de los senadores para que los príncipes le tuviesen en mas aprecio; y aun un dia en que presenciaba su leccion, observando que Arsenio les hablaba de pie estando ellos sentados, lo llevó tan á mal, que les quitó las insignias de su dignidad é hizo colocar á su preceptor como su juez en una especie de tribunal.

Arcadio, el mayor de los dos príncipes, en nada progresó con tan buen maestro. Era débil de complexion, de aspecto poco agraciado, de ojos amortiguados y de un mirar desagradable. Tan desgraciado era en el ingenio como en el cuerpo; y si su natural cobarde y perezoso tenia poca propension al vicio, tampoco tenia mas disposiciones para la virtud, ni cualidad alguna conveniente al trono. A pesar de ser bastante bueno y muy dulce, ó habitualmente muy apático, un dia en que recibió una correccion humillante, se abandonó á un despecho tan violento que resolvió la muerte de su preceptor. No tardó esto en llegar á oídos de Arsenio, el cual mirando con tedio los honores solo suspiraba por el momento de huirlos, y creyó ser este el mas favorable. Puesto en oracion para asegurarse aún mas

de la voluntad de Dios, creyó oír una voz que le decia: «Arsenio, huye del fausto y del tumulto del mundo, y encontrarás el camino de la salud (1).» Hizose á la vela al punto con el mayor secreto para Alejandria, pasó de allí al desierto de Esceta y abrazó la vida monástica.

Hasta despues de la muerte de Teodosio no se supo el lugar de su retiro. Entonces Arcadio le escribió una carta muy espresiva, pidiéndole perdon del mal desigmo que habia concebido contra él; y al mismo tiempo se encomendó vivamente á sus oraciones, como á las de un amigo de Dios, y le ofreció que dispusiese de todos los tributos de Egipto para distribuirlos á los monasterios y á los pobres. Arsenio, que rehusaba conservar relacion alguna con el siglo, no contestó al emperador, sino que le mandó á decir: «ruego al Señor que nos perdone nuestros pecados á uno y á otro. Por lo que hace á la distribucion de vuestras larguezas, y á todos los negocios temporales, ya estoy muerto para ellos, y no puedo cumplir con vuestro encargo.» Sostuvo este desinterés en todas las cosas hasta la edad de noventa y cinco años en que murió; es decir, por espacio de cincuenta y cinco años, pues solo tenia cuarenta cuando abandonó la corte. Mientras permaneció en ella nadie tenia tanto valimiento como él, y en el monasterio ninguno vistió con mas pobreza; reduciéndose á tal extremo de indigencia, que necesitando de algun lienzo en una enfermedad, le dieron de limosna con que comprarlo. «Bendito seas Dios mio hecho pobre por nosotros, dijo entonces con agradecimiento, por haberme admitido á la participacion de vuestra gloriosa pobreza.» Habiendo recibido poco despues el testamento de uno de sus parientes que era senador, y le hacia heredero

(1) Cotel. Mon. Gr. tom. 1, pag. 333.

de una rica posesion, no quiso recibir la menor cosa. Ocupábase como el último de sus hermanos en trabajar esteras de palma, y no dejaba la labor de manos, que duraba hasta medio dia, sino para ocupar el resto del tiempo en la oracion, si es que su vida no era una oracion continuada y fervorosa; pues hasta cuando estaba trabajando se veía obligado á tener un pañuelo en su seno para recibir las lágrimas de compuncion que corrian de sus ojos tan continuamente, que le hicieron caer los pelitos de los párpados. Sola una vez al año mudaba el agua en que humedecía las hojas de palma con que trabajaba, para con este mal olor castigarse de la sensualidad que habia tenido, como él decia, en perfumarse con esencias. Oraba durante la noche con tanto ardor y asiduidad, que apenas concedia algunos momentos al sueño hácia la madrugada, lamentándose mucho de esta debilidad de la naturaleza. Pasaba muchas veces las noches enteras sin dormir un instante: todos los sábados, á lo menos, se ponía por la tarde en oracion con la espalda vuelta al sol, y permanecía en la misma postura con las manos levantadas al cielo hasta que el sol con sus rayos venia á interrumpir su contemplacion dándole en el rostro. Creía que bastaba á un solitario dormir una hora; y en cuanto á su alimento no gastaba en todo un año, hasta con las personas que le visitaban, sino la pequeña medida de trigo que los egipcios llamaban *thallis*.

Atento siempre á la voz que le habia llamado á la soledad, y que le parecia resonar de continuo en sus oídos, sobresalió principalmente por su amor al retiro. Su celdilla (de donde no salia sino á la fuerza), distaba mas de diez leguas de todas las otras. Cuando estaba en la iglesia, se mantenía sentado detras de un pilar, para que nadie le viese, ni él á los demás. Fué en una ocasion el Patriarca de Alejandria con uno

de los principales magistrados á suplicarle que le admitiese en sus piadosas conversaciones; «¿Y observareis, dijo Arsenio, lo que yo os diga?» Le prometieron que sí, y les dijo: «pues olvidad para siempre la habitacion del pecador Arsenio.»—Quiso no obstante hablarle otra vez el Patriarca, pero antes le envió á preguntar si abría su puerta: «Os abriré, le envió á decir, si venis; pero si os abro, abriré á todos, y des pues de esto abandonaré esta mansion.» Quiso mas el prelado no verle que obligarle á huir. Habiéndole preguntado algunos solitarios, venerables por su edad, la causa de tan rigoroso retiro, les respondió: «Mientras que una doncella permanece encerrada en la casa paterna todos hablan de ella con estimacion, y la buscan con cuidado; pero desde que vive en el mundo, cada uno la juzga á su modo, y es cosa rara el que no pierda mucho de su opinion. Asi el solitario que se comunica, lejos de edificar á las personas del mundo, se pierde muchas veces con ellas.»

«Poseia un gran fondo de ciencia, mucho talento para hablar, un exterior magestuoso por lo grande de su talla, por sus canas y su barba, que le bajaba hasta la cintura, y á estas prendas unia toda la modestia y reserva de los solitarios mas jóvenes. Rehusaba siempre tratar de las cuestiones profundas de la Escritura. «¿De qué me sirve, decía, toda mi ciencia mundana? Estos buenos egipcios adquirieron las mas sublimes virtudes en sus rústicos ejercicios.» Habiendo consultado á un viejo virtuoso, pero simple, le dijo uno de los hermanos: «Padre Arsenio, ¿cómo recurrís á semejante director cuando poseeis todas las ciencias de los griegos y de los romanos?»—«No cabe duda, contestó, en que estudié mucho las ciencias de Roma y de Atenas; pero todavía ignoro el alfabeto de este buen viejo,

En una grave enfermedad que padeció, fué á visitarle el sacerdote, encargado de administrar los socorros espirituales; y según la piadosa costumbre le hizo llevar á la iglesia en donde se le habia preparado una cama de lana y una almohada. Uno de los hermanos que le vió en este estado, pareció escandalizarse de lo que miraba como un regalo y delicadeza excesiva, y exclamó con temeridad: «¿Es este el abad Arsenio, cuya virtud se admira tanto?» (Dábase entonces comunmente el nombre de abad á los solitarios venerables por su edad y pureza de costumbres). Llamó el sacerdote aparte á este solitario y le dijo: «¿Qué profesion ejerciais antes de ser solitario?»—«Era pastor,» respondió ingenuamente.—«¿Y cómo pasabais la vida?»—«Con mucho trabajo.»—Y al presente, prosiguió el sacerdote, ¿cómo os hallais en vuestra celdilla?»—«Con menos trabajo y mucho reposo.»—El sacerdote entonces añadió con una voz firme y mas robusta: «Pues juzgad ahora del abad Arsenio: en el siglo era respetado de los emperadores, como padre suyo; tenia á su servicio una multitud de personas vestidas de seda, adornadas de bandas y telas de oro: dormia en cama de pluma y cubierto de púrpura. Vuestro estado presente sobrepuja en comodidades al pasado, y el regalo, que le reprendéis, es muy inferior á las delicias que probaba en la corte: tú pasastes del trabajo al reposo, y él de las delicias á los padecimientos.» Confuso y conmovido el murmurador se arrodilló diciendo: «Perdóname, padre mio; yo pequé, creyendo con insensatez que podia juzgar al que camina por las sendas de la humildad y de la justicia.»

Conservaba Arsenio aún, sin advertirlo él mismo, algunos modales, que á los ojos delicados de tantos ascetas consumados en la perfeccion parecieron resentirse de la

vanidad del siglo. Acostumbraba cruzar las piernas, y poner un pie sobre las rodillas cuando estaba sentado. El respeto que inspiraba, hizo que nadie osase advertírsele directamente. Asi que el santo abad Pastor se sirvió del arbitrio siguiente: convino con otro de los antiguos Padres, que se pusiese en la misma postura cuando se reuniese la comunidad, para que de este modo él le reprendiese. Ejecutóse esta escena inocente como se habia convenido; y Arsenio, que no dejó de penetrar el designio de los actores, se aprovechó de él con una humildad ejemplar.

De este modo trabajaban para corregirse con el mayor cuidado los menores defectos en aquellas escuelas de perfeccion tan numerosas y tan justamente elogiadas, principalmente en Egipto. El régimen y el método de vida entre este pueblo de santos, cuyas costumbres pintadas con exactitud no pueden menos de agrandar y edificar, era el siguiente: su ordinario alimento era pan y agua: después de largas esperiencias le habian preferido al de las legumbres y frutas que comian antes sin pan. El suyo era bizcocho (a), y cada dia consumian solo una libra romana, es decir, doce onzas en dos pequeños panes iguales, uno de los cuales comian á nona ó á las tres, y el otro por la noche. Los dias que no eran de ayuno, como los domingos y en tiempo pascual, hacian la primera comida á medio dia, pero sin exceder jamás la medida de pan prescrita para cada dia. En algunas solemnidades y al recibir huéspedes añadian al pan lo que llamaban regalos; pero he aquí en lo que consistian, segun refiere el abad Casiano, que habia recorrido todas estas escuelas evangélicas antes de establecerlas á su imitacion en las Galias. Dice, pues, que

(a) Es decir, pan dos veces cocido; no lo que comunmente suele llamarse bizcocho y que se hace con harina, huevos y azucar. (N. del E.)

estando en la laura de las Celdas, entre Nitria y Esceta, el abad Sereno, alabado por su pureza angelical, le convidó un domingo con los hermanos, y le dió una salsa con un poco de sal y aceite frito, tres aceitunas á cada uno, cinco garbanzos y dos ciruelas y un higo. Observa no obstante, que no se prescribían las mismas austeridades á todos, sino que se atendía con prudencia á la edad, al sexo y á la fuerza de cada uno; y aun se desaprobaba la absoluta privacion de todo alimento durante dos ó tres dias.

Tampoco aprobaban entre ellos el uso del cilicio, porque era extraordinario, y huian con cuidado de todo lo que parecia singularidad y afectacion. Consistia su vestido ordinario en una túnica de lino con una pequeña capilla que bajaba hasta los hombros, y no lo dejaban ni de dia ni de noche. No pasaba la túnica de las rodillas sino un poco, y las mangas no excedían de los codos para dejar mas facilidad para el trabajo. Era ancha, y para ajustársela usaban del ceñidor ó de un cordón de lana, que desde el cuello pasaba por debajo del manto ó capa, ataba las dos estremidades y dejaba entera libertad á los brazos. Sobre la túnica, y á escepcion de las horas de trabajo, llevaban un manto tambien de lino que cubria el cuello y las espaldas, y sobre el manto la piel de carnero llamada melota. No obstante de andar casi siempre descalzos, se ponian algunas veces una especie de botines para libertarse de las arenas abrasadoras en los dias del estío y de los frios excesivos de las mañanas del invierno, y caminaban con un báculo en la mano.

Dejábese ver la misma simplicidad en su oficio ó en la oracion comun que hacian dos veces, la primera por la tarde y la segunda por la noche, rezando doce salmos en cada una: observancia que respetaban como recibida de un ángel que, segun la tradicion de sus antepasados, vino á cantar